

Su primo Selim III, aliado de la Rusia y de la Inglaterra contra la Francia, habia comprendido, merced á sus relaciones con aquellas potencias, cual era la verdadera, la única causa de la declinacion del imperio de los osmanlis: convencido de que esa declinacion era un efecto inevitable de la superioridad de la civilizacion europea sobre la civilizacion turca, acometió la empresa de reformar un imperio caduco, derramando la semilla fecunda de la civilizacion cristiana por el suelo de pedernal del islamismo. Ajustada la paz con la Francia, convirtió su pensamiento á sus proyectos de reformas; y nombró una comision que debia proponer el medio de licenciar á los genizaros, y de formar una milicia poderosa á resistir por su organizacion á los ejércitos disciplinados de las potencias europeas. Mientras que revolvia tales cosas en su mente, los rusos ocuparon la Moldavia y la Valaquia; y habiendo forzado una escuadra inglesa el paso de los Dardanelos, apareció á la vista de Constantinopla. Los mal avenidos con las reformas de Selim, aprovechándose de tan favorable coyuntura, solicitaron al pueblo para que manifestara, por medio de un levantamiento general, su apego á sus usos y costumbres, y su desvío por todo lo que fuera someterse á novedades extranjeras, y á peligrosas mudanzas. Y como los pueblos tienen siempre aparejados sus oidos para escuchar la voz de los que en tiempos de desastres les aconsejan como medio único de salvacion las sediciones y los trastornos, el pueblo de Constantinopla se apartó de su soberano, como quien se aparta, para no experimentar la cólera del Cielo, de un réprobo y de un impío. Abandonado Selim de sus vasallos, fue destronado por el Muphti. Mustaphá IV, que se ciñó en seguida el sable de Osman, se vió obligado á renunciar á todo género de innovaciones, temeroso de que viniera sobre él una de aquellas terribles tormentas, que suelen conmovier los tronos orientales.

Un desastre público habia servido de ocasion para arrojar del trono á Selim, y reducirle á un vergonzoso cautiverio. Otro desastre de igual naturaleza sirvió de pretexto, para que armados sus parciales arrojasen á su sucesor del trono. Derrotada en Lemnos la escuadra turca por los rusos, el bajá de Ruschuch, Mustaphá Bairac-

tar, amigo de Selim, se aprovechó del terror pánico, que con tan triste nueva se habia apoderado de todos, para señorearse de la capital del imperio. Pero el desgraciado cautivo habia dejado de existir á manos de los que habian arrebatado la diadema de su frente; y siendo Mahmoud el único individuo de la familia imperial, subió sin oposicion al trono de los osmanlis, dando principio á uno de los reinados mas tormentosos, de que hace mérito la historia.

La desorganizacion interior de la Turquía habia llegado á su término, habiendo marchado al compás de los públicos desastres. La autoridad imperial estaba desatendida en Asia, y escarnecida en Europa. Mientras que los genizaros ponian mas alta su espada que la diadema de los emperadores, los gobernadores de las provincias obraban con absoluta independenciam del poder imperial, que no era á la sazón un poder, sino un nombre sonoro, pero vano, de una cosa que en los tiempos antiguos habia sido augusta, santa y grande. Al mismo tiempo que los emperadores carecian de poder, y el Estado de una organizacion sana y robusta, el erario estaba vacío, los ejércitos abatidos y diezmados.

Tales eran las circunstancias en que Mahmoud tomó en sus manos poderosas las riendas del gobierno. Reducir á la obediencia las provincias levantadas, abatir el orgullo de los insolentes genizaros, llenar las arcas del tesoro, restablecer la disciplina de sus ejércitos, restaurar la autoridad de los emperadores, dar al imperio sus antiguos límites y sus perdidas fronteras, y engertar la civilizacion de la Europa en el árbol estéril de la civilizacion otomana: tales eran las empresas que acometió, con noble arrojo y con firme fé, el hombre grande, que no daba entrada en su mente sino á designios sublimes y á grandiosas ilusiones. Pero, encontrándose sola su magnánima voluntad, no pudo llevar á cabo tan gigantescas empresas, á pesar de sus heroicos y prodigiosos esfuerzos.

Sus guerras con la Rusia fueron desastrosas; y en Mayo de 1812, se vió obligado á firmar la paz de Bucharest, por la cual perdió, con una parte de la Moldavia, una parte de sus reducidas fronteras. Atizado en Grecia el fuego de la insurreccion, estalló en llamas abrasadoras, que consumieron los últimos recursos del imperio de-

cadente. La Rusia, la Francia y la Inglaterra se declararon por los helenos. Firme, á pesar de todo, el sultan, quiso jugar su última jugada, y la perdió en Navarino. Todo lo perdió allí el hombre grande, menos la esperanza, estrella refulgente, que brilló siempre á sus ojos en el Cielo; y que caminó delante de él, hasta que sus ojos se cerraron á la luz, y su planta se detuvo en el sepulcro.

Vencido, pero no domado, hizo un llamamiento al patriotismo turco contra la Rusia; no sabiendo que en el mutilado imperio de los osmanlis, sofo él conservaba pura y ardiente dentro de su pecho la llama del patriotismo. En esta campaña, que con razon puede llamarse la mas desastrosa de todas, el Balkan, nunca hollado, abrió sus gargantas, y humilló sus ásperas cumbres delante de los rusos. Obligado Mahmoud á entrar en tratos de paz, ajustó la de Andrinópolis, en 2 de Setiembre de 1829. En sus artículos, reconoció la independencia de la Grecia; se contentó con una preeminencia ilusoria sobre la Moldavia y la Valaquia; perdiendo ademas feracísimos países del continente asiático, doscientas leguas de costas en el mar Negro, y varias islas situadas en la embocadura del Danubio.

En medio de tantas desventuras, y de tan repetidos y prolongados desastres, el sultan tuvo tiempo todavía para acometer y llevar á cabo la empresa de abatir á los genizaros, de organizar á la europea á sus ejércitos, y de tener á raya los ímpetus de independencia de los gobernadores rebeldes. En el mes de Julio de 1826, cuando estaba más encendida la guerra con los griegos, fue cuando exterminó á los genizaros, dando por el pié á esa institucion antiquísima, que tenia la misma fecha que el imperio de los osmanlis. Sesenta dias duró la matanza decretada por el inflexible Mahmoud, y en los sesenta dias, consagrados á la venganza imperial, corrió á torrentes la sangre de los feroces pretorianos.

Mientras que el imperio otomano era teatro de tan grandes acontecimientos, un oscuro albanés, de nombre Mehemet-Alí, se habia elevado á la altura de bajá de Egipto, más bien que por el favor, por los servicios hechos á su soberano y al imperio. El astuto bajá habia aumentado silenciosamente su fuerza y su poder, mientras

que habia ido declinando el poder de su señor, el emperador de Constantinopla, víctima de los públicos desastres. Fiel y sumiso todo el tiempo que consideró oportuna la fidelidad y la obediencia, arrojó la máscara que le cubria, luego que encontró á su soberano bastante débil para ser impunemente escarnecido, y cuando se consideró bastante poderoso para abonar con la fuerza sus escarnios.

En 1832, Ibrahim rompió por la Siria; cada uno de sus pasos estuvo señalado con un triunfo: él rindió las fortalezas mas firmes, aventó delante de sí á los ejércitos como pajuelas livianas; y las ignorantes y fanáticas muchedumbres le vieron pasar como el rayo de la guerra. La batalla de Koniah puso en sus manos la Anatolia, y le abrió el camino de la capital del imperio.

Viéndose en tan duro trance Mahmoud II, no pudo conjurar la tempestad sino firmando el tratado de Unkiar-Skalesi, y el convenio de Kutaya. Desde entonces acá, Mahmoud II ha estado dominado por un solo pensamiento, el de prepararse á la guerra contra su súbdito rebelde. Desde entonces acá, no ha alimentado en su pecho sino una sola pasion, la pasion de la venganza. Al cabo de seis años de sentir con esa única pasion, y de pensar con ese único pensamiento, su ejército pasó el Eufrates, y penetró en la Siria; mientras que Ibrahim, encastillado en Alepo, se apercebía á la defensa.

En este tiempo fue, cuando acometido de una grave enfermedad, exhaló el hombre grande su último suspiro, entregando su cuerpo á la tierra, y su nombre á la gloria. Sus ojos se cerraron á la luz, antes de mirar el desastre de Recib, la traicion de sus generales, y el abandono de su escuadra. ¡Feliz una y mil veces, por haber bajado al sepulcro algunos dias antes que su enflaquecido imperio! Movido sin duda el Cielo á compasion, despues de haberle dado á beber en la copa de todos los infortunios, al ir á apurar las heces, la retiró de sus labios.

Mahmoud ha sido uno de aquellos hombres, que suelen nacer en los dias de decrepitud y decadencia de las sociedades, para luchar y reluchar, hasta perder el aliento, en nombre de la libertad humana contra la Providencia divina. Cuando la Providencia decreta

la desaparición de un imperio, luego al punto permite que nazca un hombre más grande que los demás, cuyo destino es resistir al inevitable cumplimiento de ese decreto terrible. Esas naturalezas grandes y robustas son consentidas por Dios, en siglos de corrupción y de abatimiento; para que sirvan de muestra, en medio de la decadencia social, de la excelencia y dignidad de la naturaleza del hombre. Así apareció, en los últimos días de la declinación de la Grecia, Filopemen, el último de los griegos. Así aparecieron, en los días de la decadencia de Roma, Belisario y Narses, y Stilicon y Aecio, columnas de los dos imperios ruinosos del Oriente y del Occidente. Así apareció Mahmoud, al tiempo de desaparecer el imperio otomano, siendo su fisonomía la única noble, severa y heroica, entre las fisonomías de los degenerados osmanlis.

Pero en estos casos, sucede también con frecuencia, que los esfuerzos de los hombres grandes para contener en su rápida pendiente á las sociedades humanas, solo sirven para acelerar y hacer más estruendosa é inevitable su caída. Esto cabalmente ha sucedido, con la ascension de Mahmoud á la silla imperial de Constantinopla.

Mahmoud, convencido de que la causa de la inferioridad de su imperio, con respecto á las naciones occidentales, consistía en la inferioridad de la civilización turca, comparada con la civilización europea, quiso torcer el curso de las costumbres, modificar las creencias religiosas, y rejuvenecer con una nueva civilización el Estado; sin advertir que las reformas, que salvan á las sociedades infantiles ó viriles, aceleran la muerte de las sociedades decrepitas. El imperio otomano había llegado á aquel grado de vetustez, en que la vida de los pueblos consiste en la continuación de sus tradiciones históricas y de los hábitos adquiridos; semejantes á los hombres agoviados por la edad, que no viven sino con el recuerdo de su infancia. Conmovido por Mahmoud el islamismo en sus hondos fundamentos, el imperio de los osmanlis sintió debilitadas sus creencias antiguas, sin poder adquirir otras creencias; parecido á un hombre caduco que, careciendo ya de la facultad de comprender, perdiera de repente la memoria.

De esta manera, puede afirmarse con razón que Mahmoud,

siendo el más grande entre los turcos, solo ha servido para acelerar la rápida declinación de la Turquía, dando así un claro testimonio de que los hombres grandes son dóciles instrumentos de la Providencia, y de que no hay mano bastante poderosa para detener la mano de Dios, cuando precipita á los imperios.

## VII.

Mr. de Bonald, hablando de la Turquía, ha dicho: «LOS TURCOS ESTÁN ACAMPADOS EN EUROPA.—Ya hemos visto cómo ha pasado el huracán por ese campamento, y cómo se ha llevado en su recio torbellino sus frágiles tiendas.

El mismo escritor, hablando de la Rusia, ha dicho: «ESE PUEBLO SEMI-BÁRBARO, DIRIGIDO POR UNA POLÍTICA SÁBIA, ESTÁ DESTINADO Á OBRAR GRANDES COSAS EN EL MUNDO.—En este artículo, nos ocuparemos en hablar de las grandes cosas obradas por la Rusia; porque las dos expresiones bellas y profundas de Mr Bonald eran dos grandes profecías, y el tiempo de su realización ha llegado.

Hablando de los rusos, después de haber hablado de los osmanlis, no hacemos otra cosa, sino seguir la corriente de los instintos de los pueblos, que ponen su vista en San Petersburgo, si por ventura oyen pronunciar el nombre de Constantinopla. Una cadena invisible une á esas dos grandes ciudades, capitales famosas de dos grandes imperios, con vínculos misteriosos. San Petersburgo comienza á existir, cuando Constantinopla comienza á decaer. La decadencia de Constantinopla es rápida y continua: el progreso de San Petersburgo, rápido y constante. Por esta razón, no es de extrañar que, sometidos los hombres al influjo de ciertas analogías históricas, se pregunten á sí propios, viendo eclipsado el astro de la Turquía:—¿El astro de la Rusia será el único que ilumine el horizonte como señor y rey de la tierra? —

Cuando Mahometo II destruyó el imperio de Oriente, los Mos-